

por las miradas del público, que para nada pueden aprovecharles: ¿Será esto racional, justo y prudente?

El amor del hombre es en extremo intolerante, y la más ciega y la más implacable de sus pasiones son los celos. Para librarse una mujer honrada de la ignominia de haberlos excitado, y para evitar las funestas consecuencias que producen, no le basta su virtud; la más pura lealtad se ha visto mil veces víctima de la injusta desconfianza de un marido honrado y que amaba ciegamente.—Es necesario en este punto suma discreción. No pretendo aconsejar a usted la lealtad y la honradez, no: conozco el corazón de usted que es incapaz de toda villanía; sé que el honor más puro circula por sus venas, y que preferiría la muerte a la más ligera mancha que pudiera empañar la pureza hereditaria de su nombre; quiero sólo advertirle, que es necesario evitar con el mayor cuidado, con exquisito tino, toda familiaridad, toda preferencia, toda relación que aun remotamente pudiera excitar la más leve sombra de sospecha en el ánimo de su marido, de que usted sintiese un afecto particular por otro hombre. No descuide usted esta advertencia, confiada en la notoriedad de su virtud, en la sinceridad de su amor, en la rectitud y buen sentido de su esposo; porque la experiencia enseña que todas estas circunstancias no bastan para prevenir aquel mal, y que son ordinariamente las mujeres más ingenuas y más candorosas las que más han tenido que sufrir de los celos.

Las recién casadas abrigan a veces la loca vanidad de ostentar que gozan de libertad, y de hacer lo que hacen las matronas; no caiga usted en tal debilidad; conserve esa modesta timidez de las vírgenes, y esa

reserva decorosa que les atrae atenciones y miramientos.

Si para un marido es una espantosa desgracia haber concebido desconfianza de su mujer, le es también una molestia insoportable que ésta desconfíe de él. La mujer celosa es insufrible y se hace odiosa con sus impertinencias; sucede a veces, que fastidiando a sus maridos, se atraen el mal que estaba tal vez muy lejos de ellas. La discreción y la dulzura son las armas más poderosas en manos de una mujer. Atrayendo se gana el corazón del hombre, hostigando, aquél se pierde para siempre.

Si el marido es su mejor amigo y el amigo de toda su existencia, tenga en él plena confianza e inspírela usted con ingenuidad y franqueza. Cuando él sufra, identifíquese usted con él en el sufrimiento, y mientras éste dura, renuncie usted a toda distracción. A usted le pertenece el derecho y el deber de procurarle el consuelo con sus palabras, con sus cuidados, con su incansable vigilancia; y no permita que nadie se le anticipe en esto.

Ese amigo es, como dicen, *otro yo*; pero otro yo que debe ser en todo preferido al yo propio. Lo que caracteriza el amor y la amistad verdaderos, es el posponer sin esfuerzo su gusto, su comodidad, su interés, al gusto o interés del amante o del amigo. No es bastante que esto se haga en el fondo del corazón; es muy fácil para toda alma generosa tal sentimiento; lo que se necesita es mostrarlo cada instante, en los actos exteriores, con naturalidad y sencillez, sin hacer de ello jamás la menor ostentación. La manifestación intencional de aquel sentimiento es simplemente urba-